

El último planeta

Nataly González



Capítulo 1

El último planeta

Quiero irme a casa - dijo Tony

Había hecho un cabestrillo para su brazo con mi cinturón, pero el corte en su frente no se cerraba aún. Tuve miedo.

Al principio pensé que no debíamos movernos de sitio. Así nos encontrarían más rápido. Acomodé a Tony con la espalda apoyada a un árbol grande, e intenté que dejara de llorar, aunque sabía que su brazo dolía bastante. Lo podía sentir cada vez que lo tocaba. Uno, dos, tres...Tres facturas en el brazo derecho.

Estaba claro que al rodar por la montaña Tony se había llevado la peor parte.

Seguro que nos encuentran pronto - le dije - No deben estar lejos.

¿Cómo lo sabes?

Miré hacia arriba. Un pedazo de cielo azul se asomaba entre la copa de los árboles, pero muy poca luz solar alcanzaba el suelo. Sentí musgo y hojas secas entre los pies, y algo húmedo en la parte trasera de mis pantalones.

Respira - dije - Al menos estamos respirando.

Cerré los ojos y me enfoqué en mis heridas. Hombro derecho dislocado y algo clavado en mi muslo izquierdo (una rama o un trozo de metal) que debía sacar para luego vendar. Me sorprendió cuánto recordaba de la clase de primeros auxilios, todo ese conocimiento de vendajes y cabestrillos con cinturones, que parecía tan banal en su momento pero que ahora le salvaba la vida a mi hermano.

O eso esperaba.

Vamos a ver pequeño, necesito tu ayuda.

Me miró sacándose lágrimas de las mejillas, débil e indefenso. Su corte seguía sangrando.

Necesito un trozo de tela seco para vendar mi pierna. Quiero que tires de la manga de mi camisa con el brazo que no te duele, ¿puedes hacer eso?

Tony sollozó, mientras asentía con la cabeza.

Vamos a hacerlo juntos. Tu tira de la manga y yo me muevo hacia el otro lado. ¿Listo?

Listo

¡Ahora!

Repetimos el movimiento varias veces hasta que escuché como la tela se rompía por las costuras. Sonreímos por un momento. Un pequeño triunfo.

Vale ya está – dije – Ahora túmbate de nuevo y quédate en silencio.

Necesitaba concentración. Se escuchaba la melodía de las aves en lo alto de los árboles y el movimiento de las ramas, pero mi cabeza seguía reproduciendo el ruido del motor en llamas, los gritos de mamá, el silbido mientras caíamos y luego, los huesos de Tony al chocar contra el suelo. Debía sacar el objeto de mi muslo y vendar, pero primero había que colocar el hombro en su sitio. Tomé una bocanada de aire (sabía a humedad y fango) y luego grité de dolor.

Tony pegó un brinco.

Tranquilo pequeño, estoy bien.

¿Qué ha sido eso?

Mi hombro. Estaba dislocado y tuve que moverlo, pero no pasa nada.

Estiró su manita y tocó mi brazo adolorido. Los dos nos quedamos en silencio, sintiendo la articulación inflamada.

¿Qué pasa si papá y mamá no nos encuentran? - dijo

Nos encontrarán.

¿Y si no lograron el aterrizaje forzoso?

Papá es el mejor piloto de...

¿Y si los mataron?

No digas eso Tony, no sabemos si los locales son hostiles.

En mi corazón deseé que no lo fueran, pero claro, siempre existe la

posibilidad de que sean salvajes, primitivos, caníbales.

Te duele la pierna- dijo

Tony seguía tocándome el brazo. Los chicos de su edad tardaban años en dominar el impulso de empatía, pero de alguna forma, mi hermano era capaz de sentir mi dolor a través de sus manos.

Bien hecho – le dije – Mamá va a estar orgullosa cuando se lo cuente.

Sonreímos de nuevo. Otro pequeño triunfo.

Respiré hondo y saqué el objeto punzante de mi muslo. Esta vez fui capaz de bloquear el dolor pensando en la sonrisa que Tony acababa de regalarme. Un calor líquido corrió por mi pierna, empapando un poco más mi pantalón. Había que vendar. La herida sanaría pronto.

Mientras apretaba el nudo del vendaje improvisado con la manga de la camisa, noté que el cielo ya no se veía tan azul entre la copa de los árboles.

Hay que movernos - dije

El camino era descendente y me costaba apoyar el pie vendado. Tuve miedo otra vez. Repasé todo lo que sabía sobre aquel lugar. Su nombre, el nombre de sus habitantes, su tamaño aproximado. No mucho. Tampoco sabía cuánto tiempo de luz nos quedaba antes de que nos tragara la oscuridad de la montaña.

Caminamos en silencio hasta que Tony se detuvo.

¿Qué pasa?

Su dedo señalaba a la derecha.

¿Qué es eso?

Los arbustos escondían las paredes de una vieja casa, que parecía ahogarse entre tanta vegetación. Hice un ademán con mi mano para indicarle a Tony que se quedara quieto y me moví despacio, casi gateando entre las ramas para acercarme un poco. Recordé por un instante cuál era mi misión original; obtener información, documentar, recoger muestras, regresar a casa...

Una pila de troncos reposaba junto a la puerta medio abierta y las ventanas no tenían cortinas. En el interior, una mujer de pelo gris encendía las bombillas de una habitación, que parecían flotar en el aire

como una hilera de estrellas.

Ahora mi misión era mucho más simple. Sobrevivir, encontrar a papá y mamá, regresar a casa. De cualquier forma, este sería nuestro último destino. Tomé el brazo de mi hermano y continuamos por el camino descendente de antes, apoyando las manos donde podía para no caerme de boca. El cielo se cerraba y apenas veía dos palmos enfrente de mi rostro, hasta que de repente noté otra luz flotante, roja y amarilla, en lo que debía ser la ladera de la montaña, un par de millas más adelante. Tomé a Tony en brazos y apuré el paso, a ciegas, hacia la luz. De vez en cuando miraba su carita, con el corte abierto en la frente, y me di cuenta de que apenas respiraba. Mis manos sentían el dolor de su brazo como agujas clavándose en mi pecho.

A medida que avanzaba, aquel punto brillante se hacía más grande. No tardé mucho en entender que estaba corriendo hacia un incendio. El calor chocaba en mi rostro y el fuego subía hasta la copa de los árboles. En el centro de la destrucción, incluso desde lejos, se podía ver una nave aérea en llamas. Una nave redonda, con dos alas puntiagudas echas pedazos. La nave de mi padre.

Tony estaba inconsciente, y yo estuve agradecido por eso. Un niño de su edad no debería ver el lugar donde han muerto sus padres. A veces es mejor no saber, ignorarlo todo, empezar de cero, olvidar.

Fue entonces que recordé la última parte de mi entrenamiento, esa que me parecía muy improbable que fuera a necesitar. Subí cuesta arriba tan rápido como pude, sintiendo que la herida en mi muslo había sanado por completo. Mi mente había hecho todo el trabajo en piloto automático. La mujer de pelo gris había encendido todas las luces de la casa que brillaba tanto como la nave en llamas de papá.

Me acerqué a la puerta entreabierta y puse a Tony en el suelo, junto a la pila de troncos. Adentro pude sentir la comodidad de un sofá con mantas y el olor de algo delicioso en la cocina. Perfecto. Tony estaría bien aquí. Me froté las manos un poco, concentrándome en la completa oscuridad de la noche, y las acerqué al rostro de mi hermano. Puse los pulgares en sus sienes y apreté. Extraje cada recuerdo de su mente como se saca el veneno de una herida, y eliminé todo lo que sabía sobre nuestra historia, nuestra misión, nuestro hogar, nuestra galaxia, a millones de años luz de este planeta. Eliminé su nombre, y el mío. Eso debíamos hacer si nos capturaba algún humano.

Por último, empujé la puerta con todas mis fuerzas, que chocó contra la pared haciendo un estruendo. Tony se hizo un ovillo en el suelo.

¿Qué fue eso? – dijo la mujer, mientras yo me lanzaba otra vez a la

carrera hacia el incendio montaña abajo.

N.G. Saavedra